

Santa Sede mas de veinte y cuatro; tal fué el fin de este valeroso y santo pontífice, cuyo reinado sufrió tantas pruebas y reveses: sus virtudes y sus desgracias le merecieron el aprecio de las comuniones separadas de la iglesia romana; y he aquí en que términos Mallet de Pan, ciudadano de Génova en su mercurio de 25 de Mayo de 1799 habla de su cautiverio: "de todas las injusticias bárbaras que forman la historia de la república francesa; yo no sé si hay otra que escite tanto la indignacion, como la fria y cismática atrocidad del directorio ejecutivo hácia el soberano pontífice: ningun tratamiento jamas mereció mejor el nombre de asesinato; habria sido menos inhumanidad entregar la blanca cabeza de Pio VI al fierro de un verdugo, que profanar con estudio la santidad de su carácter, que en llenarlo de afrentas y de dolores, que arrastrarlo de su asolado palacio á la cautividad, en una tierra extraña, que en pasear su agonía de prision en prision, dejándole solo la vida, para que experimentase en ella todos los sufrimientos. ¿Y sobre quién se ejercia una tan execrable violencia? Sobre un octogenario que estaba ya á las puertas de la eternidad, sobre un pontífice cuya moderacion, dulzura y piedad tranquila y sincera, habian merecido los homenajes aun de las comuniones separadas de la iglesia romana, sobre un soberano sin estados, sin poder, sin defensores á quien se habia vendido la paz para corromper bajo la máscara de la amistad la fidelidad de su pueblo, á quien se atacó sin guerra, á quien se oprimió sin oposicion: se robó, se destruyó y se aprisionó sin que hubiera costado ni un cabello de su ejército, ¿qué se podia temer de

su caducidad? ¿Qué seguridad, qué ventaja podria sacarse de una crueldad tan gratuita? ¿Cómo se podia perjudicar á este papa moribundo, cuya muerte ó ausencia en nada influian sobre la suerte de sus estados ni sobre la de la iglesia? ¿Era acaso un rehen de quien ellos creian asegurarse, ó bien el fanatismo de la filosofía les habia dictado añadir al número de los mártires que ha inmolidado el gefe de una religion á quien ella persigue hasta su total destruccion?

cardinal Spina se dirigió á París con el fin de concluir un tratado con el primer consiliario de la república.

#### ELECCION DE UN NUEVO PAPA: CONCORDATO.

Un parte del cuerpo legislativo estaba fuer

**P**IO VI no écsistia ya, y los príncipes de la iglesia y aquellos á quienes pertenece escoger y elegir el vicario de Jéscristo dispersos ó cautivos, no podían reunirse para dar á la iglesia un pastor, y á Roma, un soberano digno de ella; pero he aquí que repentinamente aquel que ha dicho á las olas del mar, *hasta aquí llegarán vuestras aguas, y no incia más lejos, aquí estrellareis el orgullo de vuestras olas,* rompió la vara que castigaba las naciones, suspendió la marcha de nuestras armas, é hizo servir al triunfo de la iglesia, á los pueblos que desde tanto tiempo, estaban separados de su comunión. Los franceses son desalojados de Roma y de la Italia, y el emperador de Alemania convoca á los cardenales para dar un sucesor á Pio VI: se reúnen en Venecia, forman el cónclave y despues de una muy larga deliberacion hacen caer sus sufra-

gios sobre el cardenal Bernabé Chiaramonte que tomó el nombre de Pio VII. El nuevo papa señaló su entrada al pontificado con sábias y respetables determinaciones; procuró con empeño restablecer el orden en el gobierno de la iglesia romana; dió un breve en favor de los jesuitas que algunos príncipes habían conservado en sus estados; y no tardó en entrar en negociaciones con el nuevo gobierno francés para los asuntos eclesiásticos. El cardenal Spina se dirigió á Paris con este objeto, y el dia 15 de Julio de 1801, concluyó un tratado con el primer cónsul de la república. Los convenios hechos con el soberano pontífice no fueron luego publicados, era necesario antes quitar los poderosos obstáculos que se oponían á que fuesen ratificados. Una parte del cuerpo legislativo, estaba fuertemente pronunciado contra la religion ó sostenía los esfuerzos de la iglesia constitucional que estaba reunida para deliberar sobre los medios de sostener un cisma que por todas partes iba á arruinarse. El primer cónsul que parecía entonces que deseaba de buena fé el restablecimiento de la religion, quitó todas las dificultades, convocó una asamblea legislativa mas favorable á los buenos principios, é intimó á los constitucionales la orden de que se separasen. El concordato fué entonces sometido á la deliberacion de la cámara legislativa, y adoptado como ley del estado: se publicaron al mismo tiempo dos bulas del papa, la primera esplanaba y ratificaba los convenios hechos con el gobierno francés; la segunda suprimia todas las sillas episcopales de Francia y criaba en su lugar sesenta nuevas, divididas en diez metrópolis. Antes de dar estas

bulas Pio VII habia dirigido un breve á los obispos de Francia pidiéndoles la renuncia de sus sillas. De ochenta y un obispos que vivian, cuarenta y cinco la hicieron y treinta y seis manifestaron al papa su disgusto por no poder seguir este ejemplo; despues no obstante muchos retractaron esta primera determinacion, y se adhirieron á la petition del soberano pontífice.

Inmediatamente que fué reconocido el concordato se restableció el ejercicio público del culto: la ceremonia se hizo en la iglesia de Nuestra Señora en los dias de pascua: el cardenal legado celebró la misa á la cual asistieron los cónsules con todos los cuerpos del estado: cantaron el *Tedeum* en accion de gracias por esta dichosa mudanza y restablecimiento de la fé católica: la calma, la paz y la confianza comenzaron á renacer; los pastores de tantas iglesias viudas abandonaron las estrañas tierras, en donde gemian desterrados y volvieron á aparecer en medio de sus pueblos. La Francia volvió á tomar poco á poco el aspecto de una nacion cristiana, y ya no hubo en ella templo consagrado á la razon, ni fiestas al Ser Supremo: se restablecieron las congregaciones de las hermanas hospitalarias y de la doctrina cristiana; se permitió tambien reunirse algunas corporaciones de hombres: los sacerdotes se repartian en las ciudades y en el campo; instruan á los pueblos, despertaban la fé casi estinguida en su corazon, y aun cuando el concordato no hubiese producido otros bienes, sus censores habrían debido hablar de él con mas respeto y miramiento.

Pero la Francia no fué sola el objeto de las aten-

ciones del soberano pontífice: las iglesias de Piamonte, de Italia y de Alemania, atraieron tambien sus miradas y se apresuró á proveerlas de pastores, á restablecer allí la disciplina y á hacer reflorcer la religion que los desastres de las últimas guerras habian desterrado de ellas.

### BONAPARTE.

**M**IENTRAS que la iglesia reparaba los males que nuestras disensiones le habian causado, un hombre de una grande ambicion y á quien hechos brillantes al frente de nuestro ejército habian elevado á la cumbre de los honores, se hizo proclamar con el título de emperador. Muy feliz con haber escapado de los horrores de la anarquía, la Francia creyó tocar los bellos dias de su antigua gloria y esperó por algun tiempo que el guerrero á quien ella colocaba al frente de sus destinos, le volveria á sus primeros soberanos; pero pronto quedó desengañada de su error. La Europa agotada ya por largas guerras reconoció al nuevo emperador, y el soberano pontífice se vió obligado por el bien de la religion á obsequiar el pedido que se le hizo de que se dirigiese á Paris para coronar á Bonaparte. Llegado á Francia Pio VII, recibió todas las demostraciones de la mas profunda veneracion y mas vivo celo para obsequiarlo, y quedó sorprendido de encontrar tanta religion en un pueblo á quien con tanto empeño habian procurado pervertir. Durante su permanencia en Paris, su principal ocupacion, fué acu-

dir á las necesidades de la iglesia, interesar al gobierno en favor del clero y obtener la supresion de los embarazos que los artículos fundamentales causaban al ejercicio del santo ministerio. Despues de haber permanecido cuatro meses en Francia Pio VII se volvió á Roma, dejando por todas partes el suave olor de sus virtudes y dejando esta tierra por la que habia hecho tantos sacrificios, con el sentimiento de no haber podido obtener todo lo que eclesigian las necesidades de sus iglesias.

A su llegada á la capital del mundo cristiano, el papa en un consistorio secreto, dió cuenta á los cardenales de su viage, de los frutos que la religion habia sacado de él, y de la reconciliacion de Ricci, obispo de Pistoya con la iglesia romana. De esta suerte todo parecia caminar hácia la paz y la concordia, cuando la ambicion de un solo hombre vino á turbar la armonia que se restablecia en la iglesia. Comenzó por apoderarse de la ciudad de Ancona, *para defender esta plaza (decia) de la invasion de los mahometanos y de los griegos.* Esta hostilidad ejercida sin motivo alguno, hizo entrever un próximo rompimiento entre las dos córtes; sin embargo, dos ó tres años se pasaron en este orden de cosas, y durante este interválo, se hizo en Roma la canonizacion solemne de muchos bienaventurados (hacia ya cuarenta años que no habia habido ninguna) y Bonaparte dió algunos decretos en favor de la religion y del clero; estos fueron los últimos beneficios que les concedió, y solo le verémos en lo sucesivo ocupado en destruir á la una, y perseguir al otro. En efecto, ciego por la prosperidad, concibió el proyecto de reinar solo en Eu-

ropa, y pidió al soberano pontífice que entrase en la liga que formaba contra los reyes sus vecinos, y que cerrase sus puertas á los ingleses. El papa se rehusó y manifestó cuan poco digno seria de su carácter y ministerio, tomar parte en las guerras de la Europa. Oida su negativa, las tropas tuvieron orden de marchar ácia Roma, se apoderaron de ella sin disparar un tiro: desarmaron la guardia pontifical y se fortificaron en el castillo de Sant-Angelo. Pio VII protestó contra estas violencias; pero fueron inútiles sus reclamos: continuaron en maltratar á sus súbditos, aprisionando á los mas fieles, y tratándolos como á enemigos vencidos.

Retirado á su palacio, y ya cautivo el papa, no podia sino gemir los ultrages de que se cargaba su augusta persona y á sus súbditos, y esperar el término de esta revolucion con una santa resignacion, cuando desde Viena en Austria á donde Bonaparte habia entrado vencedor, decretó la reunion de los estados romanos al imperio frances, bajo el pretexto de que no habian sido dados á los soberanos pontífices sino con título de feudos, y concedió al papa una indemnizacion de dos millones de rentas. Pio VII protestó contra este despojo y rehusó toda compensacion y lanzó una bula de escolucion contra los autores, fautores y ejecutores de las violencias ejercidas contra la Santa Sede sin designar no obstante persona alguna. Arrebatado Napoleon con este golpe de rigor que no esperaba, persiguió á su víctima con mas ardor. El papa fué sacado de Roma por la noche, conducido á Sabona y tuvo que sufrir los bárbaros tratamientos que se habian hecho tolerar á su predecesor. Culpable de un tan

grande atentado, y declarado ya perseguidor de la iglesia, Bonaparte se atrevió sin embargo á publicar una circular dirigida á los obispos para justificar la invasion de las tierras de la iglesia: hizo ostentacion de su celo por la religion, y rehusando el papa instituir los obispos nombrados, convocó una comision de obispos, para buscar el medio de acudir á las necesidades de las iglesias destituidas de pastores. La comision se declaró incompetente y propuso reunir un concilio nacional: fué convocado en efecto y se abrió en la iglesia de Nuestra Señora el 17 de Junio de 1811. El resultado de las deliberaciones, fué que el concilio no podia suplir á las bulas del papa. Irritado el emperador hizo disolver el concilio y conducir á Venecia á los obispos que habian tenido mas influencia en hacer tomar esta deliberacion; sin embargo, pocos dias despues quisieron hacer revivir el concilio: los obispos fueron convocados de nuevo y decretaron que los obispos no podian estar ausentes mas de un año: que el papa daria la institucion en los seis primeros meses que siguiesen al nombramiento, que corridos los seis meses, el metropolitano podria proceder á la institucion. En consecuencia de esta determinacion se despachó á Savona una diputacion de nueve prelados: el papa la recibió conformándose en todo, y confirmó por un breve los artículos que se le propusieron, el cual llegado á Paris fué sometido á la deliberacion del consejo de estado que disgustado de algunas espresiones, rehusó admitirlo; de consiguiente se interrumpieron las negociaciones y el concilio reunido con tanto aparato, quedó disuelto sin haber tenido resultado alguno.

Pio VII desterrado siempre en Sabona, sufría allí los rigores de un largo destierro, cuando sin que se hubiese podido descubrir la causa, fué transferido á Fontainebleau. Esta nueva morada, en nada cambió su situación, y su cautividad no por esto era mas suave; pero por último era llegado el tiempo en que la Providencia debia humillar al azote de los pueblos, y volver su pastor á la Iglesia. Reyes sin número, sucedieron á los triunfos que habian siempre acompañado á las armas de Bonaparte, y el vencedor de tantas naciones se vió precisado á huir. Llegó á Paris y pocos días despues se dirigió á Fontainebleau para concluir un nuevo tratado con el papa. Pio VII hizo todos los sacrificios posibles y accedió á todas las peticiones que se le hicieron; pero viendo que á pesar de esto, siempre permanecia en su destierro, retractó toda concesion, y desde este dia rehusó todas las proposiciones de avenimiento que le fueron hechas, y respondió que no trataria mas ningunos asuntos, hasta que se hallase en sus estados. Las nuevas que de Italia amenazada de una prócsima conquista recibió Napoleon, lo decidieron á remitir al papa á Roma mas bien sin duda que su última respuesta; ordenó que se le restituyese una parte de los estados de la iglesia, y lo hizo salir de Fontainebleau. Pio VII dejó finalmente la tierra de su destierro y volvió á entrar en sus estados el mismo dia que los soberanos aliados hacian su entrada á Paris, y que su perseguidor vencido y forzado á abdicar la corona, dejaba de reinar para la felicidad y el reposo de la Europa.

### RESTAURACION DE LA MONARQUIA FRANCESA.

**S**E habia ya roto el yugo del hombre malo, destruido su imperio, y este soberbio conquistador de tantas coronas quedaba reducido á gobernar los pueblos salvages de una pequeña isla del Mediterráneo. Los príncipes de la casa de Borbon habian vuelto á subir al trono de sus antepasados, y su augusta presencia restablecia por todas partes la paz y la felicidad. El papa vuelto á Roma hacia olvidar por su bondad paternal las vejaciones y los desórdenes causados con su destierro; y todos los soberanos se apresuraban á porfia á reparar los males que gravitaban sobre todas las naciones de la Europa. De esta manera, todo presagiaba el término de los largos males y agitaciones políticas que desde mas de veinte años trastornaban al mundo; cuando una fatal conspiracion volvió á colocar á Bonaparte sobre el trono: su vuelta fué la señal de nuevos males y de nuevas guerras. La Europa entera se armó contra este feroz enemigo; y se preparó para disipar á los facciosos, que lo habian vuelto á llamar. Una sola batalla decidió de la suerte de tantos pueblos cuyos destinos iban á ser regidos por la prosperidad ó reveses del usurpador. Fué vencido; y su derrota restituyó á la Francia á Luis XVIII; y dió la paz á la Europa, á quien la sola presencia de Bonaparte turbaba y amenazaba con continuos trastornos. El rey volvió á entrar á su

capital, que se habia visto en la necesidad de abandonar; y recibió las demostraciones del gozo y entusiasmo de todo un pueblo, que fué apresuradamente á encontrarlo, colmándolo de bendiciones; y maldiciendo mil veces al ambicioso que habia atraído millares de soldados estrangeros al territorio frances. Poco á poco los espíritus agitados por las últimas turbaciones, se calmaron y volvieron á la senda de sus deberes. El bien que se habia emprendido despues de la primera restauracion, comenzó á realizarse: en Roma el soberano pontífice que habia ya restablecido á los jesuitas; se ocupó en muchos asuntos importantes para mantener la religion: en Baviera, en Sicilia y en Cerdeña, los soberanos manifestaron altamente cuan penetrados estaban de la importancia y necesidad de la religion; y tomaron con la Santa Sede, medidas propias para hacerla reflorcer en medio de sus pueblos. La España ofreció el mismo ejemplo: ¡feliz, si hubiera sabido recoger los frutos de sus antiguos sacrificios, y preservarse del espíritu de innovacion! En Francia, el rey manifestaba en todas ocasiones, cuanto deseaba que la religion fuese honrada en sus estados: dió muchos decretos en su favor: restableció algunas congregaciones religiosas, y mandó terminar las negociaciones entabladas con Roma, é interrumpidas por la invasion de Bonaparte: se concluyó tambien un concordato: sus sábias disposiciones consolaban á los amigos de la religion, sin embargo quedó suspendido. La política tortuosa de un ministro que amenazó algun tiempo á la Francia con nuevas calamidades, se opuso á la ejecucion de un tratado que debia proveer de pastores á tantas iglesias viti-

das, y restituir á la iglesia galicana algo de su primer esplendor.

Pero esta desgracia no fué la única que tuvo que llorar la religion despues de la restauracion: la secta impía de los revolucionarios volvió á levantar repentinamente con audacia su horrible frente: se le vió de nuevo en el consejo de los reyes, y se le oyó aun proferir espantosas blasfemias y reproducir sediciosas máximas. La Europa se horrorizó de ver reaparecer estos hombres, cuya osadía se aumentó á proporcion del temor que inspiraban: orgullosos con sus crímenes, y como si debiesen aplaudirse de los trastornos pasados; se atrevieron á publicar las fastidiosas apologías de sus maldades: la revolucion fué diariamente presentada al público en los periódicos como un beneficio, y la fidelidad para presentarse sin rubor, tuvo necesidad de una amnistia: la Francia fué inundada de un diluvio de malos libros, y lo que la revolucion no se habia atrevido á hacer, lo toleró la restauracion y permitió que circulase el *Rousseau de los pobres*, y el *Voltaire de las cabañas*. Así la rebelion se presentaba, ya con batallones armados, para disputar á la legitimidad los derechos que defendia con tan poca energía, y ya tramando en las sombras de la noche negros atentados, determinó á un nuevo seide para traspasar el corazon de un príncipe generoso (\*).

Tantos crímenes despertaron en fin la funesta seguridad del gobierno: intentó contener los progresos del mal y comenzó á hacer algo por la religion: una parte del concordato fué puesta en ejecu-

(\*) El duque de Berry asesinado el 13 de Febrero de 1820.

cion, y las iglesias recibieron sus pastores: por todas partes se formaban nuevos establecimientos; y se llegó á esperar que las piadosas intenciones del soberano, tantas veces manifestadas, tendrian su cumplimiento.

Pio VII no gozó mucho tiempo del consuelo que le prometia la feliz calma que sucedia á tantas borrascas. La muerte quitó á la iglesia este pastor venerable el 20 de Agosto de 1823, pontífice augusto á quien sus desgracias y sus virtudes colocan en el rango de los pastores que han combatido mas generosamente por la fé, y sostenido con mas firmeza los derechos de la iglesia.

El cardenal Dellagenga le sucedió: elevado al pontificado el 28 de Septiembre del mismo año, tomó el nombre de Leon XII, y gobernó los asuntos de la iglesia con una rara prudencia. Su muerte acaecida el 10 de Febrero de 1829 fué la época de la reunion de un cónclave que dió el 31 de Marzo siguiente un nuevo pastor al rebaño de Jesucristo. El cardenal Castiglioni fué electo y su Santidad es quien ahora bajo el nombre de Pio VIII ocupa el trono pontifical.

#### REFLECSIONES SOBRE LOS ESCANDALOS.

Es necesario que haya escándalos, dice el mismo Jesucristo, esta es una de las pruebas á que quiere sujetar á sus siervos con el fin de hacerlos dignos de él: “vendrá un tiempo en que se resfriará la ca-

ridad, y abundará la iniquidad en todas partes.” Los vicios tienen su origen de las pasiones que la religion no destruye; enseña á sujetarlas, pero no quita la libertad de seguirlas: no debe pues admirarnos ver escándalos en la iglesia: esta es un campo en donde la zizana crece junta con el buen grano, hasta el tiempo de la cosecha: es una era, en donde la paja está mezclada con el grano: es una barca, en donde se encuentran reunidos buenos y malos peces. Todas estas comparaciones que el Evangelio emplea, nos anuncian que habrá en la iglesia abusos y desórdenes que no aprueba ni disimula; al contrario los llora, los condena y los detesta; y el cuidado de reprimirlos será siempre una parte de sus trabajos; pero no estará libre de ellos, sino hasta el fin del mundo. Mientras exista sobre la tierra habrá escándalos entre los fieles y aun entre sus ministros. Jesucristo prometió al cuerpo de los pastores la infalibilidad de su doctrina; pero no les ha prometido la santidad de su conducta. “Id, les dice, enseñad á todas las gentes, bautizándolas y amonestándolas que observen todo lo que os he mandado; y yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.” En virtud de esta promesa, Jesucristo está con los pastores para preservarlos de todo error; mas no para esceptuarlos de todo vicio. Aunque el buen ejemplo de los pastores es un excelente medio para predicar el Evangelio, dice el ilustre Bossuet, Dios no ha querido unir la señal precisa de la verdadera fé á la inocencia de sus costumbres, porque no puede esta inocencia conocerse; y tal hombre que parece un santo, no es sino un hipócrita; pero sí la ha unido á la profe-